EL VIAJE HACIA LA JUSTICIA RACIAL

–arrepentimiento, sanidad y acción –

• Una reflexión pastoral •

El reverendo William E. Lori, arzobispo de Baltimore

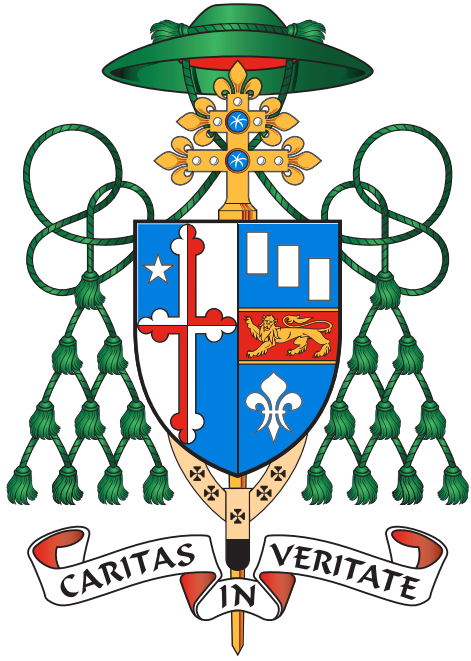
Arquidiócesis de Baltimore

EL VIAJE HACIA LA JUSTICIA RACIAL

–arrepentimiento, sanidad y acción –

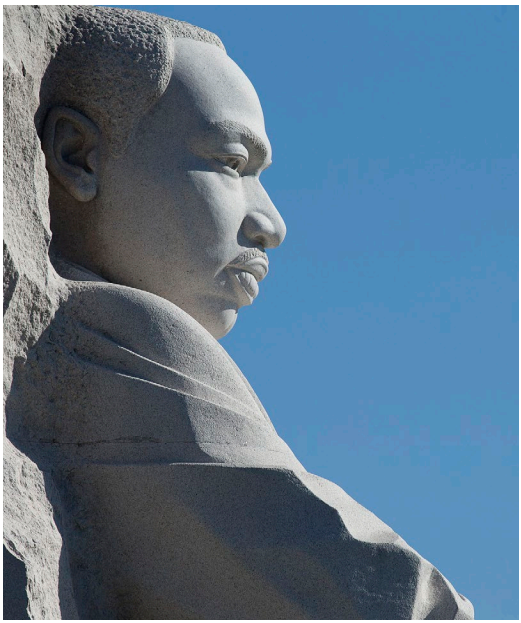
• Una reflexión pastoral •

El reverendo William E. Lori, arzobispo de Baltimore



EL VIAJE HACIA LA JUSTICIA RACIAL

–arrepentimiento, sanidad y acción –



Como nuestro país conmemora este mes el nacimiento del Reverendo Dr. Martin Luther King Jr., uno de los campeones más respetados de la justicia racial en nuestra nación, no podemos dejar de cuestionar si su sueño de unidad racial se logrará alguna vez. Incluso cuando Los estadounidenses celebran su inspirador ejemplo, sentimos la vergüenza de presenciar manifestaciones públicas de violencia racial y étnica y odio como no hemos visto en décadas. Si el racismo se manifiesta en estas flagrantes ofensas contra la dignidad y la humanidad de las personas de color, o más sutilmente en las desigualdades raciales sistémicas que persisten en nuestra sociedad actual — en el sistema de justicia penal, en empleo, educación, vivienda, salud y emancipación política — la conversación nacional confirma que todavía hay mucho trabajo por hacer.

Si bien solo ha pasado un año desde que escribí una declaración pastoral sobre los principios de no violencia del Dr. King, existe una urgencia constante para abordar el tema del racismo, especialmente dado el continuo aumento de horrendos incidentes de racismo, antisemitismo e intolerancia hacia Recién llegados a nuestro país. La urgencia también se ha destacado a través de la reciente publicación de una carta pastoral nacional contra el racismo, Open Wide Our Hearts: The Enduring Call to Love,

en la que los obispos de EE. UU. Reconocen el racismo como un pecado: "Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia". . Revelan la falta de reconocimiento de la dignidad humana de las personas ofendidas, de reconocerlos como los vecinos que Cristo nos llama a amar (Mt 22:39).... Cada acto racista — cada comentario, cada broma, cada mirada despectiva como reacción al color de la piel, el origen étnico o el lugar de origen— es el hecho de no reconocer a otra persona como hermano o hermana, creado a imagen de Dios. "En estos y en muchos otros actos similares, el pecado de racismo persiste en nuestras vidas, en nuestro país y en nuestro mundo".

También en el último año, la Iglesia ha sido sacudida por una crisis de una magnitud que muchos de nosotros nunca creímos posible. El pueblo de la fe de Dios en la Iglesia institucional, y especialmente sus líderes, ha — legítimamente — me han sacudido hasta la médula. Como he participado en consultas, sesiones de escucha, conversaciones y momentos de oración desde que estalló esta crisis, me he dado cuenta de una manera nueva y más clara de una verdad importante: donde sea que esté sufriendo el pueblo de Dios. es donde pertenezco, a su lado, escuchando, compartiendo compasión y discerniendo cómo el Espíritu Santo me está llamando a tomar acción. Y así es con este corazón que deseo volver nuevamente al tema del racismo, y a mis hermanas y hermanos que continúan sufriendo los efectos de este pecado — en nuestra comunidad católica, en la ciudad de Baltimore y en todo el territorio de la Arquidiócesis. La pastoral anterior sobre el Dr. King es un primer paso importante en esta conversación, pero a medida que la retórica de la intolerancia y el odio continúa en espiral en nuestro comunidades nacionales, está claro que todavía hay mucho más que decir y mucho más que hacer.

Reconociendo siempre nuestra necesidad de redención, debemos mantener en la base de nuestro camino hacia adelante la convicción de que las mejores soluciones al pecado del racismo y los males sociales y políticos que engendra el racismo se centrarán en las enseñanzas de Jesucristo y serán guiadas por Su Espíritu Santo. Una y otra vez, debemos tomar en serio las palabras de Jesús: "Te doy un nuevo mandamiento: que nos amen los unos a los otros. Como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros" (Jn 13, 34).

Como declararon los obispos de los Estados Unidos en su reciente declaración, “Lo que se necesita, y lo que pedimos, es una conversión genuina del corazón, una conversión que obligará al cambio, y la reforma de nuestras instituciones y la sociedad. La conversión es un largo camino”. viajar para el individuo. Mover a nuestra nación a la plena realización de la promesa de libertad, igualdad y justicia para todos es aún más difícil. Sin embargo, en Cristo podemos encontrar la fuerza y la gracia necesarias para hacer ese viaje ”. Y por eso invito a todos los fieles católicos de la Arquidiócesis de Baltimore a seguir adelante en este viaje juntos.

RECONOCIENDO EL PASADO

Al reflexionar sobre qué tan arraigado parece estar el tema del racismo en nuestra sociedad estadounidense, primero debemos dar los pasos necesarios para realizar un examen honesto de nuestro propio pasado. Si bien hoy somos testigos de los efectos del racismo contra muchas etnias y personas de color, no se pueden ignorar las raíces históricas del racismo contra los afroamericanos en nuestro país. Por lo tanto, debemos reconocer la participación histórica de la Iglesia en una sociedad en la que la institución de la esclavitud estaba profundamente arraigada. Sin duda, al recordar la historia no solo de nuestra Iglesia, sino también de nuestra nación, se puede decir con razón que el racismo es el pecado original de nuestro país, nuestro estado y nuestras diócesis locales, y sus profundas raíces continúan plagando nosotros. Como somos tan dolorosamente conscientes en medio de la crisis actual en la Iglesia, sin reconocer los pecados del pasado, no podemos esperar entender y sanar las heridas del presente.

While Maryland is recognized as the Cradle of Catholicism in this country, it was also one of the first regions where slavery was introduced. Thus the inception of the Catholic Church here in Maryland, like so many other institutions that trace their roots to the founding of our country, was squarely ensconced in a society mired in racial injustice. No credible treatment of the history of the establishment of the Catholic Church in the United States can be told without also acknowledging the reality of the early Church's direct involvement in slavery.

Cuando el Estado de Maryland estaba en su infancia, los católicos, incluidos el clero y los laicos, permitieron que el manto de la sociedad en la que vivían superara el principio fundamental de su fe: todos somos hijos de Dios, todos somos redimidos por Cristo . Entre ellos estaban cuatro de los primeros obispos católicos en Maryland — Los arzobispos John Carroll, Leonard Neale, Ambrose Maréchal y Samuel Eccleston — quien participó abiertamente en la institución de la esclavitud. Sabemos por investigaciones publicadas previamente que los Arzobispos Carroll, Maréchal y Eccleston

poseían personas esclavizadas, que incluían hacer provisiones para su manumisión o venta. El padre Leonard Neale, que más tarde se convirtió en arzobispo, fue miembro de la Compañía de Jesús que tomó decisiones que afectan las vidas de los esclavos en poder de los jesuitas. Los registros muestran que los miembros laicos, las comunidades religiosas y el clero individual mantenían a personas esclavizadas y que la Iglesia se beneficiaba de su trabajo no solo en el trabajo parroquial general – el mantenimiento de iglesias, residencias, conventos, cementerios, etc., pero también del beneficio de su trabajo en plantaciones y granjas propiedad de entidades eclesiásticas.

LA IGLESIA CATÓLICA EN LA ERA DE LA SEGREGACIÓN JURÍDICA

Una vez que terminó la institución de la esclavitud legal, la era de la segregación legal y las leyes de "Jim Crow" se produjeron en Estados Unidos, incluso dentro de las instituciones de la Iglesia Católica. Siguiendo la cultura de la sociedad en la que existían, la Iglesia siguió faltando a su profesada adhesión a las enseñanzas de Jesucristo. Las escuelas católicas, las clases de educación religiosa, las asociaciones laicas y los servicios sociales, incluidos hospitales y orfanatos, fueron segregados. En las parroquias multirraciales, los católicos negros se sentaban en la parte de atrás de la iglesia o en el balcón. Esperaron hasta que los católicos blancos hicieron sus confesiones antes de recibir la Santa Cena, a veces en confesiones separadas. Recibieron la Comunión después de los católicos blancos, también a veces de vasos sagrados separados reservados para ellos. Algunos cementerios parroquiales tenían secciones reservadas para blancos y negros, segregando a los feligreses incluso en la muerte.

A pesar de la dura realidad de la segregación, la Luz de Cristo continuó ardiendo a través de muchos siervos sagrados de la Iglesia, quienes a pesar de soportar la opresión y la oposición, continuaron ministrando a la comunidad afroamericana en Maryland. Estos valientes líderes lideraron el camino para capacitar a aquellos a quienes

servían para encontrar un camino hacia la verdadera autodeterminación tanto dentro como fuera de la Iglesia. Individuos como nuestra querida Madre Mary Lange, quien fundó las Oblate Sisters of Providence, una orden religiosa de mujeres afroamericanas, es famosa por sus esfuerzos para abrir escuelas para niños negros en Baltimore y Washington, DC Los Padres de Mill Hill, más tarde conocidos como josefinos, llegaron a Baltimore por invitación del arzobispo Martin Spalding para ministrar a los católicos negros, y dentro de 50 años, contaban con parroquias afroamericanas en todo el país. Más tarde, en el siglo XIX, las Hermanas Franciscanas de Mill Hill, más tarde de Baltimore, llegaron a atender las diversas necesidades de los afroamericanos, dotando de personal y abriendo escuelas y orfanatos. La Luz de Cristo se mantuvo encendida brillantemente en los esfuerzos y las buenas obras de estos pioneros de la justicia racial, y hoy tenemos mucho que aprender de su ejemplo.

Al mismo tiempo, sin embargo, la composición de la comunidad católica de Maryland estaba siendo transformada por oleadas de inmigrantes, víctimas de prejuicios étnicos y sentimientos anticatólicos. Sin embargo, las parroquias nacionales de inmigrantes alemanes, polacos e italianos, así como otras congregaciones de fieles inmigrantes, todavía

estaban influenciadas por las tendencias racistas de la sociedad en general. Como la Iglesia dio la bienvenida y apoyó a estos inmigrantes europeos que hoy disfrutan de un notable ascenso en la sociedad estadounidense, la franqueza nos obliga a admitir que la Iglesia no respondió a las necesidades de los afroamericanos con entusiasmo, ni hizo esfuerzos para atraer blancos y negros. Los católicos juntos en nuestras comunidades parroquiales.
La Iglesia Católica en Maryland, bajo el ataque de fuertes nativistas estadounidenses y fuerzas anticatólicas, había abrazado completamente al inmigrante, pero todavía no había abrazado completamente al afroamericano.

LUZ

Los esfuerzos para abrazar más verdaderamente el llamado del Evangelio comenzaron a surgir antes y durante la era del Movimiento por los Derechos Civiles, que continúa hoy. Décadas antes de que floreciera el movimiento por los Derechos Civiles, los líderes de la Iglesia en Maryland, incluyendo el Arzobispo de Baltimore Michael Curley[1], el Cardenal Patrick O'Boyle de la Arquidiócesis de Washington[2] y el Obispo Edmond Fitzmaurice[3] de la Diócesis de Wilmington trabajaron para integrar a la comunidad católica a través de una variedad de esfuerzos, y escuelas católicas no segregadas en todo el estado, todas ante Brown v. Junta de Educación de Topeka en 1954. Como declaró el cardenal O'Boyle, los obispos "[vieron] no había ninguna razón por la que un niño negro no tuviera tanto derecho a una educación católica como un niño blanco ".

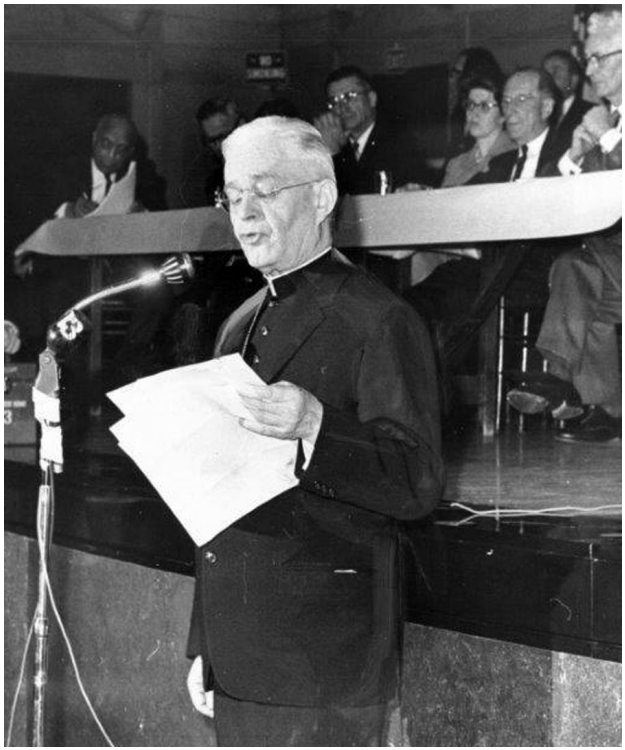
A medida que el movimiento por los Derechos Civiles galvanizó al país para lograr un mayor grado de justicia racial, el Cardenal Lawrence Shehan de Baltimore emergió en Maryland como un ferviente líder por la justicia racial, y su carta pastoral, "Sobre la justicia racial", continúa inspirando a sus lectores. Dentro de la Iglesia, el Cardenal Shehan supervisó la integración de todas las instituciones arquidiocesanas en 1965, y en 1966 estableció la Comisión Urbana Arquidiocesana encargada de abordar

1. El Reverendísimo Michael Curley sirvió como Arzobispo de Baltimore desde 1921 hasta 1947, y también como Arzobispo de la Arquidiócesis de Washington cuando se creó en 1939.

2. El cardenal O'Boyle se instaló como arzobispo de Washington en 1948.

3. El obispo Fitzmaurice sirvió como obispo de Wilmington, 1925-1960.

la discriminación dentro de la Arquidiócesis. Nombró a Charles Tildon, un activista comunitario, servidor público y educador[4], para encabezar la comisión, lo que marcó la primera vez que se nombró a un laico para un puesto importante en la arquidiócesis. Más allá de los límites de la comunidad católica, el Cardenal Shehan a veces se enfrentaba a una crítica severa por su defensa vocal de las preocupaciones de justicia social de los afroamericanos en Baltimore, particularmente las disparidades raciales en la vivienda. Dado que muchos hombres y mujeres católicos, incluidos muchos sacerdotes y monjas, participaron en el movimiento de Derechos Civiles durante los años siguientes, se unieron a los numerosos esfuerzos, sacrificios y logros que alimentaron la esperanza de que el país finalmente se "fijara" en políticas y programas que Alcanzaría la justicia racial a gran escala.



4. Ver www.archbalt.org/catholics-remember-charles-g-tildon-jr/

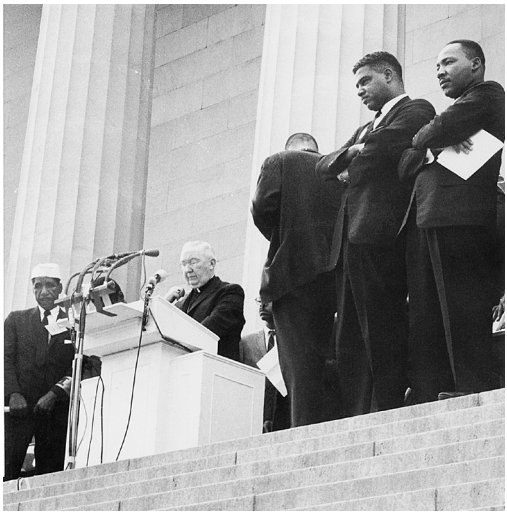
EL RACISMO EN LA IGLESIA HOY

Sin lugar a dudas, muchos miembros de la Iglesia católica de hoy han continuado dedicándose a abordar la injusticia racial en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. A través del trabajo de Caridades Católicas y muchos otros proveedores de servicios sociales católicos, la Iglesia continúa atendiendo a las comunidades que sufren los efectos de las injusticias raciales, permitiéndoles alcanzar una base igual y vidas de autosuficiencia. A pesar de los desafíos financieros, quizás uno de los esfuerzos más efectivos de la Iglesia es su compromiso de atender las necesidades educativas de los niños afroamericanos en las ciudades del interior. Aquí en la Ciudad de Baltimore, la Arquidiócesis ha mantenido este compromiso, especialmente a través de nuestras Escuelas Comunitarias[5], y por primera vez en casi 50 años, abrirá una nueva escuela, la Escuela Mother Mary Lange, en la Ciudad de Baltimore en los próximos dos años. La Iglesia local continúa explorando varios modelos de sostenibilidad, como la Academia Mother Seton operada por varias órdenes de religiosas, las Escuelas Cristo Rey en Maryland operadas por los jesuitas y los Salesianos, y un mayor apoyo financiero para los estudiantes desfavorecidos a través del sector privado y el gobierno Programas de becas apoyados.

Estos esfuerzos, alentados como pueden ser, no pueden por sí mismos poner fin a la injusticia racial, ni pueden ser causas de complacencia. Como señalaron los obispos de los Estados Unidos en su carta pastoral:

> *Demasiados católicos buenos y fieles desconocen la conexión entre el racismo institucional y la continua erosión de la santidad de la vida. No hemos terminado con el trabajo. El mal del racismo se manifiesta en parte porque, como nación, ha habido un*

5. Las Escuelas Comunitarias operadas por la Arquidiócesis de Baltimore incluyen Arzobispo Fronteras, Cardenal Shehan, Holy Angels y Ss. James y John Escuelas Católicas.



reconocimiento formal muy limitado del daño hecho a tantos, ningún momento de expiación, ningún proceso nacional de reconciliación y, con demasiada frecuencia, un abandono de nuestra historia. Muchas de nuestras instituciones todavía albergan, y demasiadas de nuestras leyes todavía sancionan, prácticas que niegan la justicia y el acceso igualitario a ciertos grupos de personas. Dios exige más de nosotros. Por lo tanto, no podemos ver el progreso contra el racismo en las últimas décadas y concluir que nuestra situación actual cumple con el estándar de justicia. De hecho, Dios exige lo que es correcto y justo.

Así como la sociedad en general no ha podido sostener su lucha contra la injusticia racial, también la Iglesia en ocasiones se ha quedado corta. ¿Los esfuerzos realizados en el siglo XX han resultado en una Iglesia totalmente integrada en Maryland, o quizás nos hemos vuelto menos vigilantes con los años en esta importante labor? ¿Hemos caído, como nuestra sociedad en general, en una situación de desagregación? Si todavía podemos identificar fácilmente las parroquias "negras" y "blancas" de nuestra arquidiócesis, ¿hemos logrado realmente el objetivo de equidad racial que pretendemos abarcar? Lo más importante es que, al reunirnos en la mesa del Señor para compartir nuestra fe común en presencia de Su Cuerpo y Sangre, ¿estamos seguros de que aquellos que se ven o hablan de manera diferente a nosotros nos sentimos bienvenidos como compañeros de adoración?

Debemos continuar haciendo estas preguntas con un compromiso renovado y con nuevos oídos hoy, porque los recientes acontecimientos de carga racial nos han dejado claro que, una vez más, parece que los estadounidenses hemos perdido el equilibrio en el camino hacia la

justicia racial. Las voces políticamente cargadas de odio y racismo son más virulentas de lo que muchos estadounidenses imaginaron posible. Despertados por este clamor en todo nuestro país y estado, nos unimos a los obispos de EE. UU. Para instar a reflexionar, escuchar, orar y actuar para que la Iglesia adquiera el papel de liderazgo que la acompaña en una situación moral tan importante. Para resumir en las palabras de los obispos de Estados Unidos:

> *Es hora de reconocer las muchas ocasiones en que la Iglesia no ha podido vivir como Cristo enseñó - amar a nuestros hermanos y hermanas. Los líderes y miembros de la Iglesia Católica han cometido actos de racismo — por obispos, clérigos, religiosos y laicos — y sus instituciones. Expresamos profunda pena y lamentamos por ellos. También reconocemos aquellos casos en los que no hemos hecho lo suficiente o nos hemos mantenido en silencio cuando se cometieron graves actos de injusticia. Pedimos perdón a todos los que han sido dañados por estos pecados cometidos en el pasado o en el presente.*

En efecto, el silencio mismo se convierte en complicidad; Nosotros, como líderes de la Iglesia, tenemos la obligación de hablar en contra del mal del racismo. Como Jesús nos recuerda: "No todos los que me dicen: 'Señor, Señor' entrarán en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt 7, 21). Como el Papa Francisco nos recordó en su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos en 2015, "El mundo contemporáneo, con sus heridas abiertas que afectan a muchos de nuestros hermanos y hermanas, exige que enfrentemos todas las formas de polarización". Ahora más que nunca, Necesitamos ser los líderes siervos que Jesús nos llama a ser, al reconocer y compartir la carga de aquellos que han sufrido durante mucho tiempo el pecado del racismo, a medida que avanzamos juntos en este viaje.

ACCIONES CONCRETAS

Reconocer los errores del pasado es solo el primer paso hacia el arrepentimiento genuino, la reconciliación y la sanidad. Como católicos individuales y como institución, también debemos emprender acciones concretas para abordar los errores que continúan hoy tanto dentro como fuera de la Iglesia, y elevarnos y ser guiados por aquellos que más lo necesitan, que se sienten desprovistos de esperanza. A la injusticia racial y al prejuicio racial. Si bien la Iglesia y sus miembros ya están involucrados en muchos pasos positivos hacia la justicia racial, siempre hay más trabajo por hacer. Nuevamente, el llamado de los obispos de Estados Unidos es claro:

> *Debemos invitar al diálogo a aquellos que normalmente no buscamos. Debemos trabajar para establecer relaciones con aquellas personas que podríamos tratar de evitar. Esto exige que vayamos más allá de nosotros mismos, abriendo nuestras mentes y corazones para valorar y respetar las experiencias de aquellos que han sido perjudicados por el mal del racismo. El amor también requiere que invitemos a un cambio de corazón en aquellos que pueden ser despectivos de las experiencias de otros o cuyos corazones pueden ser endurecidos por el prejuicio o el racismo. Solo forjando relaciones auténticas podemos vernos verdaderamente como Cristo nos ve a nosotros. Luego, el amor nos debe llevar a tomar lo que aprendemos de nuestros encuentros y examinar dónde la sociedad sigue fallando a nuestros hermanos y hermanas, o donde perpetúa la inequidad, y tratar de abordar esos problemas.*

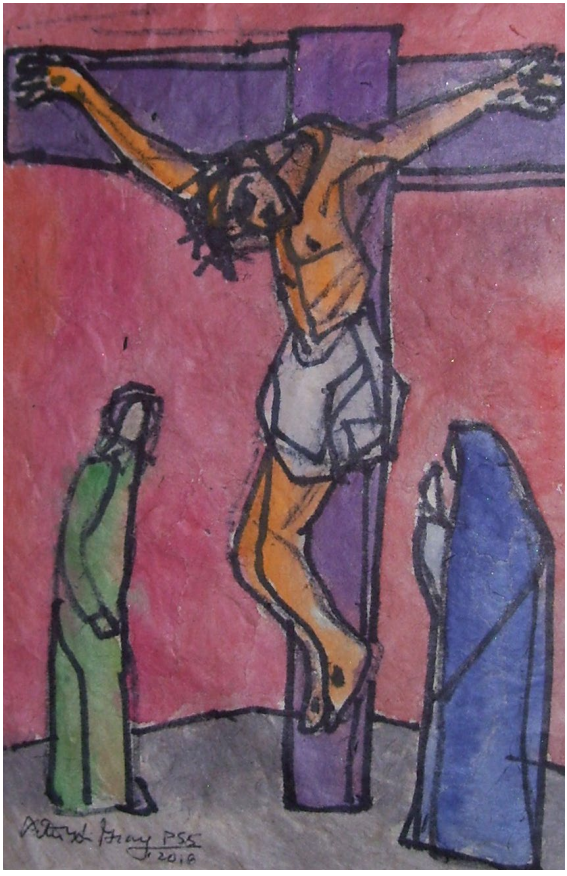
Para ese fin, como líder de la Arquidiócesis de Baltimore, me comprometo a seguir escuchando las voces de quienes sufren racismo y a denunciar y condenar el racismo y la intolerancia cuando se manifiesta. Aquí, en la Arquidiócesis de Baltimore, debemos comprometernos por completo a responder a los obispos de los Estados Unidos que han pedido a todos los niveles de la Iglesia que:

"Luchen contra el mal del racismo educándose a sí mismos, reflexionando sobre sus pensamientos y acciones personales, escuchando la experiencia de aquellos que han sido afectados por el racismo, y desarrollando y apoyando programas que ayudan a reparar los daños causados por la discriminación racial".

En respuesta a ese llamado, al trabajar en colaboración con el personal diocesano, el clero, los religiosos y los laicos, me comprometo específicamente a las siguientes acciones concretas:

- Organización de capacitación y recursos para llevar a cabo foros en todas nuestras instituciones para discutir y abordar el tema del racismo;
- Examinar la diversidad de nuestras instituciones, incluidos los líderes de la arquidiócesis, los seminarios, el clero, las parroquias, las escuelas y los programas de servicio social, y aumentar los esfuerzos para diversificar aún más nuestras instituciones cuando sea necesario;
- Fortaleciendo los esfuerzos existentes para atraer a nuevos miembros de la iglesia y candidatos al sacerdocio y la vida religiosa de diversos orígenes raciales y étnicos;
- Identificar al personal arquidiocesano responsable de llevar a cabo estos objetivos identificados.

CONCLUSIÓN



Al reflexionar sobre los pecados de nuestro pasado, reconocemos que somos impotentes para deshacer el daño que tantos sufrieron, y que solo Dios tiene el poder de brindar sanidad a los mundos pasados. Podemos y rezamos por las víctimas de antaño, por su terrible situación; Oramos para que al final, Dios los haya abrazado con el amor y la misericordia que sus compañeros cristianos les retenían con demasiada frecuencia. En un espíritu de gratitud, también reconocemos a los muchos católicos afroamericanos de hoy que han mantenido la fe de sus ancestros esclavizados a pesar de los males que sufrieron. Y así, en un espíritu de arrepentimiento y oración, buscamos la sanación a medida que nos dirigimos al amor redentor y reconciliador de Jesús con la esperanza de construir una Iglesia en camino hacia un futuro mejor mientras trabajamos codo con codo con los que son víctimas. del racismo hoy.

Mirando hacia atrás a los líderes laicos, a las órdenes religiosas y al clero que dedicaron sus vidas a la justicia racial, defendemos a hombres y mujeres a quienes debemos alentar si queremos traer un cambio genuino en este día y época. Son los líderes que vieron a los hijos de Dios en cada ser humano, incluso en las mismas personas que se oponen a ellos. Mirando

hacia adelante, hoy buscamos tomar nuestros lugares junto a los líderes en esa tradición de cambio y conversión que está enraizada en la enseñanza del Evangelio de Jesús.

Mantengamos nuestra mirada fija en el Reino de Dios y nuestros corazones ardiendo con el fuego del amor del Espíritu Santo, mientras continuamos compartiendo el camino hacia la justicia racial. Que nos aventuremos en un nuevo espíritu de hermandad y unidad católica, orando con un solo corazón para que Jesús, nuestro Salvador, guíe nuestros pies en el camino de su paz.

+William E. Lori

El más Reverendo William E. Lori
Arzobispo de Baltimore

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Portada El Cristo resucitado con los niños del mundo
Peter Wm Gray, PSS, Artist2018

pag. 5
Martin Luther King, Jr., Memorial, Washington, DC (Servicio de Noticias Catolicas/ Tyler Osburn)
2017

pag. 9
Retrato de un joven hombre
Peter Grey, PSS, Artist
2010

pag. 10
Iglesia de San Pedro Claver, San Inigoes, MD
Archivos, Arquidiócesis de Washington, DC

pag. 11
Arriba: *Madre Mary Lange, OSP*
Peter Wm Gray, PSS, Artista
2014
Abajo: *mujeres jóvenes del orfanato de St. Frances, Baltimore, c. 1910*
Archivos de las Hermanas Oblatas de la Providencia, Baltimore, MD

pag. 12
Primera clase de comunión, St. Frances Academy, Baltimore, c. 1910
Archivos de las Hermanas de la Providencia, Baltimore, MD

pag. 13
Marcha de vivienda justa, Baltimore, 6 de noviembre de 1965.
Colección de la Revista Católica, Archivos de la Archidiócesis de Baltimore

pag. 14
El cardenal Lawrence Shehan habla a favor de una ordenanza de vivienda abierta ante el Concejo Municipal de Baltimore, el 13 de enero de 1966.
Baltimore Sun

pag. 16
El cardenal Patrick O'Boyle ofrece una oración en la Marcha sobre Washington por el Empleo y la Libertad, 28 de agosto de 1963,
Archivos, Arquidiócesis de Washington, DC

pag. 18
Congreso Nacional Católico Negro, 1987
Archivos, Arquidiócesis de Washington, DC

pag. 20
Crucifixion
Peter Wm Gray, PSS, Artist
2018

ARQUIDIÓCESIS
DE BALTIMORE

www.archbalt.org

www.facebook.com/archbalt | www.twitter.com/archbalt | www.instagram.com/archbaltimore